

Audio del Prelado: vestir al desnudo y visitar a los encarcelados

El Prelado del Opus Dei reflexiona en el podcast de este mes sobre dos obras de misericordia materiales, que abordan diferentes tipos de pobreza: la de quien no tiene vestido y la de quien carece de libertad.

01/03/2016

Más podcast del Prelado del Opus Dei sobre las obras de misericordia

1. Introducción: las Obras de misericordia (1.12.2015)

2. Visitar y cuidar a los enfermos (1.1.2016)

3. Dar de comer al hambriento y dar de beber al sediento (1.2.2016)

Reflexionamos en este mes sobre dos obras de misericordia materiales, que abordan diferentes tipos de pobreza: la de quien no tiene vestido y la de quien carece de libertad.

Vestir al desnudo no es sólo resguardar al cuerpo de la intemperie; equivale también a ayudar a una persona a mantener su dignidad. El vestido hace posible, a cada hombre y a cada mujer, presentarse convenientemente ante

los demás y es, frecuentemente, reflejo de cristiana elegancia interior.

Al meditar la Pasión del Señor, salta a la vista que Cristo padece las injusticias de los hombres. Nadie, nadie, salvo su Madre y pocas personas más, le dirige un gesto de misericordia en las horas de la crucifixión. Le arrancaron incluso sus vestidos, que fueron sorteados entre los soldados. Cuando Jesús nos invitó a vestir al desnudo, sabía que ni siquiera ese gesto de misericordia le sería concedido a Él. La desnudez de Cristo en la Cruz es imagen de la ausencia de misericordia por parte de nosotros los hombres, de las mujeres; de nuestra falta de amor, de la frialdad causada por nuestras ofensas y del egoísmo.

Lo que nuestros antepasados no hicieron en el Gólgota, podemos en cierta manera enmendarlo ahora con

nuestros hermanos los hombres. No son pocos, también en las sociedades opulentas, los que no disponen de medios materiales ni para proporcionarse ropa digna, ni para vestirse con normalidad. Este Jubileo nos ofrece otra ocasión para “abrir los ojos a las miserias del mundo”, y descubrir también en nuestro entorno a estas personas necesitadas. Existen, o se pueden promover, instituciones de caridad con las que es posible contribuir de diferentes maneras –con nuestro tiempo o nuestro dinero-, para facilitar ropa digna a quien lo necesita.

Al mismo tiempo, en una sociedad que ha hecho de la moda un peso que en ocasiones esclaviza, esta puede ser una ocasión para destinar algún dinero a obras de caridad, ahorrándolo de compras de ropa originadas por el capricho y cuidando mejor los propios vestidos. También cabe esforzarnos por dar

ejemplo con una apariencia externa sencilla y digna.

Ejerceremos también esta obra de misericordia si ayudamos –con caridad, respeto y paciencia– a quienes, por pobreza de ideales o de formación, rebajan su propia dignidad en el modo de vestir. Sugerir que no se sigan ciertas modas de malo o de gusto dudoso, es una tarea educativa de especial importancia de los padres y madres hacia sus hijos e hijas, y de cualquier persona hacia sus amigos o amigas. Cada uno de nosotros es hijo o hija de Dios, y también el modo de vestir forma parte del reconocimiento de la propia dignidad. Hagamos ver que los vestidos, los trajes, cubren un cuerpo informado por el alma espiritual, que es lo importante, y destinado a la resurrección gloriosa.

Otra obra de misericordia clara es acudir a visitar a los encarcelados.

De nuevo volvemos a mirar a Cristo: el Señor de la Tierra estuvo cautivo la noche previa a su crucifixión. ¡Qué horas tan amargas para Jesús! Le privaron de la libertad encerrándolo, mientras aguardaba un juicio y una condena absolutamente injustos, inicuos. Paradójicamente, en un acto de completa libertad, aquel Prisionero, con mayúscula, - despreciado por todos-, nos estaba liberando del pecado y no desdeñaba ese servicio porque es el Hijo de Dios, hermano de todos los hombres y mujeres.

Quien está privado de la libertad necesita ser confortado en la esperanza. Por eso, en numerosas ocasiones, los Papas, también el Papa Francisco, han ido a visitar a los presos, y les han transmitido palabras de aliento, invitándoles a aprovechar ese periodo de sus vidas para abrirse a Dios. “Cuando Jesús entra en la vida –dijo el Papa

Francisco en una cárcel de Bolivia-, uno no queda detenido en su pasado sino que comienza a mirar el presente de otra manera, con otra esperanza. Uno comienza a mirar con otros ojos a su propia persona, a su propia realidad. No queda anclado en lo que sucedió, sino que es capaz de llorar y encontrar ahí la fuerza para volver a empezar”.

Visitar a los presos, o ayudarles en su reinserción social, es servir a quienes han sido apartados de la sociedad.

¡Qué labor más hermosa pueden desempeñar los que trabajan o colaboran en esa tarea!

Especialmente, atendiendo a quienes se hallan presos por motivos religiosos, tan frecuentemente ahora.

Pensemos también en quienes están encerrados no en cárceles de cemento, sino entre rejas de otro tipo: las que originan el alcohol, la pornografía, las drogas, u otros vicios

que aherrojan el alma y la hunden en un abismo.

Llevemos a todas estas personas nuestra cercanía, nuestra comprensión, nuestros consejos y, por encima de todo, nuestra oración. Recordémosles que Dios no deja caer de su mano a nadie, que no abandona a ninguno de sus hijos. A todos ofrece nuevas oportunidades, siempre, hasta el último instante de nuestros días.

San Josemaría acudió en ocasiones a la cárcel modelo de Madrid durante los años 30 del siglo pasado. Allí había algunos jóvenes a los que atendía espiritualmente, encarcelados exclusivamente por motivos políticos. Vestido con sotana, en tiempos donde se agredía a los sacerdotes, les ayudaba a rezar y les animaba a aprovechar el tiempo, estudiando idiomas o repasando el catecismo. Incluso, en ese ejercicio

de la caridad, les invitó a que jugaran a fútbol con presos de ideas opuestas –anticristianas–, para que, de esa amistad que se generaba con el deporte, pudiera surgir el respeto mutuo.

San Josemaría sabía que las cárceles, físicas o morales, pueden ser también lugares de encuentro con Cristo, lugares de conversión profunda. Por eso recomendaba a los fieles de la Prelatura que no dejásemos de ocuparnos de esa tarea con un sentido cristiano y de fraternidad. Si los cristianos llevamos a esos lugares el bálsamo de la misericordia de Dios, muchos de los detenidos podrán experimentar la verdadera liberación: la conciencia de saberse hijos de Dios y, por tanto, amados sin condiciones, y protegidos también por nuestra Madre, la Virgen.

pdf | Documento generado
automáticamente desde <https://opusdei.org/es-pr/article/audio-del-prelado-vestir-al-desnudo-y-visitar-a-los-encarcelados/> (01/02/2026)